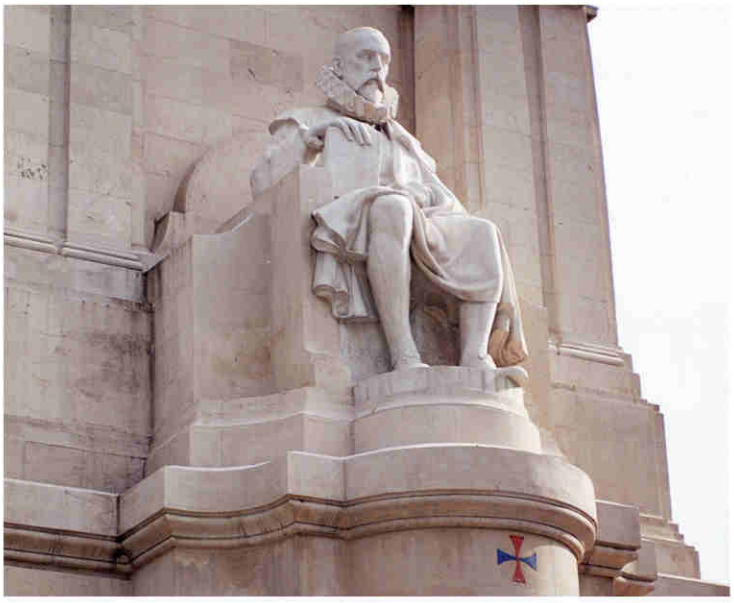
BIBLIOTECA DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

XLIV

CICLO DE CONFERENCIAS

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA Y MADRID.

IV CENTENARIO DE SU MUERTE



JOSÉ MONTERO REGUERA- JOSÉ MANUEL LUCÍA MEJÍAS - JOSÉ MANUEL BARBEITO DÍAZ - Mª TERESA FERNÁNDEZ TALAYA - CARMEN SIMÓN PALMER - JULIÁN MARTÍN ABAD - ANA LUENGO AÑÓN

INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
C . S . I . C.

Créditos:
INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Centro de Ciencias Humanas y Sociales

La responsabilidad del texto y de las ilustraciones insertadas
Corresponde al autor de la conferencia

Imagen de la cubierta: Miguel de Cervantes en el monumento al Idioma Castellano (Plaza de España). Estatua, autoría de Coullaut Valera (padre e hijo). Debajo del friso la Cruz policromada de la Orden de los Trinitarios, recordando su quehacer en la liberación de cautivos. Agradecemos a Luis Miguel Aparisi Laporta la colaboración prestada facilitando la imagen y el texto.

©2017 Instituto de Estudios Madrileños
©2017 Los autores de las conferencias

ISBN: 978-84-940473-2-9

Depósito Legal: M- 34093-2017
Diseño Gráfico: Francisco Martínez Canales
Impresión: Service Point
Impreso en España

SUMARIO

Págs.

Introducción
Mª Teresa Fernández Talaya..... 9

Miguel de Cervantes, un poeta en el final de sus días
José Montero Reguera..... 13

Vivir pobre y morir rico: Miguel de Cervantes más allá del personaje y del mito
José Manuel Lucía Mejías..... 25

Arquitectura regia.
José Manuel Barbeito Díaz..... 39

La vivienda madrileña en tiempos de Cervantes
Mª Teresa Fernández Talaya..... 45

La gastronomía en los tiempos de Cervantes
Carmen Simón Palmer..... 69

La imprentas y las librerías madrileñas en tiempos de Cervantes
Julián Martín Abad..... 85

Jardines y artificio en la obra de Cervantes: la terza natura
Ana Luengo Añón.....115

VIVIR POBRE Y MORIR RICO: MIGUEL DE CERVANTES, MÁS ALLÁ DEL PERSONAJE Y DEL MITO[1]

Por José Manuel Lucía Megías
Universidad Complutense de Madrid
Asociación de Cervantistas

Conferencia pronunciada el día 25 de octubre de 2016
en el Museo de San Isidro

Parece que Miguel de Cervantes, el hombre Miguel de Cervantes está condenado a ser un misterio. Uno de esos misterios biográficos que poco importan pues la grandeza de su personaje y, sobre todo, la universalidad del mito del genio creador, el que, ¡ni más ni menos!, ha sido el iniciador de la novela moderna, parece que justifican todo silencio o sombra biográfica del hombre. El ilustrado valenciano Gregorio Mayans y Siscar en la primera de las biografías cervantinas, la publicada en Londres en el ya lejano 1738, creó, sin pretenderlo, un modelo biográfico que, con algunos ajustes a lo largo de casi trescientos años, ha perdurado hasta hoy en día a la hora de comprender y acercarse a Miguel de Cervantes; un modelo biográfico en que el hombre ha quedado marcado, irremediablemente, por el mito del escritor, como si la vida de Cervantes solo se entendiera (y solo valiera la pena escribir sobre ella) por sus aportaciones literarias, por sus creaciones narrativas, que fueron "grandes", en el sentido de "influyentes", "trascendentales" para la literatura y la cultura universal siglos después de su muerte. Da lo mismo que el biógrafo se base tan solo en los escasos datos que el propio Cervantes escribió en sus obras o en los que aparecen en los numerosos paratextos de sus ediciones (como lo hizo Gregorio Mayans y Siscar en la citada biografía de 1738, y continuara, con algunos ajustes, Vicente de los Ríos en su propia aportación al inicio de la edición canónica del *Quijote*, que publicó la Real Academia Española en 1780), o que el biógrafo intente sacar el mayor provecho crítico a la documentación conservada y

[1] Este trabajo se inscribe en el marco del Proyecto I+D+i del MINECO *DHuMAR Humanidades Digitales, Edad Media y Renacimiento. 1. Poesía 2. Traducción* (FFI2013-44286-P) y del Proyecto *Parnaseo (Servidor Web de Literatura Española)* (FFI2014-51781-P), concedidos por el Ministerio de Economía y Competitividad.

cada vez más conocida, siguiendo la senda genial de Juan Antonio Pellicer (1797-1798) y, sobre todo, de Martín Fernández de Navarrete (1819), continuada por los grandes aportes documentales de los siglos XIX y XX. La vida de Miguel de Cervantes se convierte en fuente de su literatura y los acercamientos biográficos se centran o en descubrir ese fino hilo de continuidad y de experimentación que le lleva a grandes hallazgos literarios (como la propia ironía), o se pierden en la búsqueda de referentes reales a los personajes o paisajes de sus obras, como si el escritor solo pudiera serlo si es cronista de su propio tiempo, de sus vivencias, de las personas con las que se encuentra o las geografías que ha transitado. Sin olvidarnos de una tercera vía, ya no frecuentada en los círculos serios de la investigación, que busca (y encuentra) en la vida de Cervantes referentes heroicos, ejemplares o esotéricos.

Mucho se ha escrito sobre Miguel de Cervantes, sobre la vida de Miguel de Cervantes desde 1738, pero, con la perspectiva de varios siglos de acercamientos, no sé si se ha realizado desde el punto de vista adecuado. Miguel de Cervantes es un mito universal que se ha consolidado con el paso de los siglos. Y así lo ha sido y así lo seguirá siendo. Un mito universal que, aún hoy, tiene mucho que enseñarnos, que aún en el siglo XXI seguirá creciendo en su universalidad, en su trascendencia. Pero la vida literaria de Miguel de Cervantes es solo una parte de esa otra vida, de esa "vida normal" de un hombre ingenioso que le tocó vivir en una de las épocas más fascinantes y complejas de la historia de España, ese tiempo que conocemos como Siglos de Oro, los más memorables que vieron los *pasados siglos,* ni esperan ver los venideros. Limitar el conocimiento de su vida a la comprensión de su obra literaria nos aleja del hombre Cervantes antes que nos da la clave de su complejidad. Sin quererlo, Cervantes se ha convertido en un personaje sin aristas ni matices en la mayoría de las biografías escritas hasta ahora. Muy lejos de aquel hombre vital, ingenioso, ambicioso y trabajador, lleno de luces y sombras, que murió hace 400 años.

¿Debe ser el Miguel de Cervantes escritor, ese que no consiguió el reconocimiento de su época la hoja de ruta que permite recorrer el mapa de su vida? ¿Debemos limitarnos al conocimiento cada vez más incisivo y pormenorizado de la documentación cervantina –convertida su firma casi en una reliquia laica que se venera en los archivos y los portales digitales que la conservan y difunden-, olvidando que en estos documentos, cuando habla de sí mismo, lo hace antes del personaje Cervantes que quiere proyectar en cada momento que del hombre que realmente vivió? ¿Hemos de pensar en que el proyecto literario de Cervantes, ese que le ha consolidado en el mito del genio creador, uno de los escritores más influyentes del Parnaso mundial, comenzó con sus primeros poemas escritos en Madrid hacia 1567 y 1568 y que terminó con las páginas del *Persiles*, como si se tratara de completar un plan previamente trazado y genialmente recorrido? Me temo que la visión romántica todavía sigue

triunfando en nuestro acercamiento biográfico de Cervantes. Y me temo que lo seguirá haciendo durante todavía bastantes años, pues es muy difícil dejar de transitar los lugares comunes, tantas veces recorridos que conservan en ellos las huellas de la memoria de millones de lectores.

Detengámonos en un único ejemplo, en uno de los problemas que aparecen sin respuesta en las biografías hasta ahora publicadas.

Uno de los grandes misterios que sigue convocando a los cervantistas, a los biógrafos y a los curiosos lectores que se acercan a la vida de Cervantes es la razón por la que tarda ocho años en publicar alguna obra después del éxito inicial de la primera parte del *Quijote* en 1605. Hasta 1613 no contaremos con las *Novelas ejemplares*, impresas también en Madrid, financiadas por Francisco de Robles.

¿Qué le sucedió a Cervantes? ¿Por qué no aprovechó el tirón comercial del *best-seller* del primer *Quijote* para comenzar rápidamente a escribir y publicar la continuación y sacarle el máximo provecho económico a este golpe de fortuna?

¿Por qué seguir buscando algún hecho concreto en la biografía cervantina en estos años para justificar que abandone por un tiempo la literatura, para luego volver, de un modo apoteósico, en los últimos tres años de su vida, una vida ya de descuento?

¿Por qué seguir pensando, de una manera romántica, que el suceso vallisoletano del asesinato del caballero Gaspar de Ezpeleta a las puertas de su casa en 1605, y el paso de Cervantes y de su familia por la cárcel, y ese sacar a la plaza pública la fama de las "Cervantas" deben estar relacionados con este silencio, que le privó de la posibilidad de disfrutar del éxito de su primer *Quijote*?

¿No es posible pensar, más bien, que nos encontramos ante dos modos diferentes de relación de Cervantes con las letras, en los que poco tienen que ver una primera etapa, que comienza con los poemas de 1567 y 1568 y que culminan con la publicación del *Quijote* de 1605, y una segunda, radicalmente diversa, que se inicia con las *Novelas ejemplares* (1613) y que termina con la edición póstuma del *Persiles* (1617)?

¿Acaso no es posible pensar que la literatura en Cervantes no es tanto una justificación de su vida, que le regala una trascendencia a sus fracasos vitales, sino todo lo contrario, que su acercamiento a las letras –sobre todo en la primera etapa- tiene una función instrumental, una función práctica de mejora de sus pretensiones personales de medrar, de sobrevivir en esos fascinantes –y complicados- Siglos de Oro que le tocó vivir? A él y a miles de escritores que convirtieron la literatura en un arma con la que esperaban conseguir una merced, un oficio, el amparo de un mecenas o el dinero rápido (y fugaz) de los corrales de comedias o de la venta de los privilegios de impresión a los libreros.

¿Por qué hemos de aceptar como única hipótesis de trabajo –así desde Mayans y Sicar en 1738 hasta las últimas biografías publicadas en los últimos años y hoy en el mercado- que Cervantes solo se acercó a la literatura para evadirse de su fracaso personal en todos los trabajos que emprendió o sueños que tuvo, y que lo hizo siempre con una idea genial, unitaria, que le lleva a la construcción de un universo literario único, original, al margen de cualquier tradición, como se empeñaron en demostrar los ilustrados españoles del siglo XVIII para deslindar el *Quijote* del género de los libros de caballerías que le da sentido y público?

A la hora de enfrentarme al reto –casi quijotesco o muy cervantino- de escribir una nueva biografía sobre Miguel de Cervantes que me propuso la editorial EDAF hace unos años, partí de estas preguntas y, a medida que se ha ido completando la investigación, la respuesta negativa a entender a Cervantes como una unidad –casi un personaje estereotipado tan alejado de sus mejores creaciones- me ha ido llevando a derroteros nunca pensados cuando comencé este proyecto.

¿Por qué pensar en un único Cervantes, ya sea en un único hombre, como también en un único escritor?

Esta negación a la unidad de vida y de escritura, que se sale de la senda biográfica cervantina inaugurada desde 1738 y continuada hasta nuestros días, me ha llevado a dividir mi estudio en tres tomos, que tienen, cada uno de ellos, su eje, su razón de ser, su unidad.

Tres Cervantes no solo por atender a tres momentos biográficos diferentes (juventud, madurez y vejez), sino también tres Cervantes porque en cada uno de ellos se descubre un eje vital diferente.

El primer Cervantes, el de sus primeros 33 años, los que van desde su nacimiento en Alcalá de Henares (1547) a su rescate de Argel (1580), son los años de juventud, los años de construcción como cualquier joven de su época, que se esfuerza en conseguir un oficio en que poder sustentar su vida de madurez: secretario de alguna casa nobiliaria (como la del cardenal Espinosa o la de Mateo Vázquez, su secretario), burócrata en alguno de los miles de oficios de la laberíntica Corte de Felipe II, o soldado, una carrera militar que le lleva a volver a Castilla en 1575 para solicitar una patente de capitán. Estas tres posibilidades de construcción –como la de tantos jóvenes de su época, sin un apellido detrás que le marcara el ritmo de vida-, se verán trastocadas por los cinco años que permanece cautivo en Argel; años que aprovecha también para establecer relaciones y vínculos con personajes influyentes en la Corte, pensando en el próximo escenario de su vida, como la de tantos y tantos soldados y secretarios de la época (millares son los que reúnen día a día en los mentideros del Alcázar o en las gradas de San Felipe en el corazón de Madrid).

En una segunda etapa, la de la madurez, que iría desde 1580 a 1604, cuando le perdemos la pista después de haber sido comisario real de abastos

y recaudador de impuestos atrasados por Andalucía, la unidad vital de Cervantes será la Corte, esa Corte de la Monarquía Hispánica que no ha dejado de complicarse, de convertirse en un laberinto de intrigas y de contactos, de relaciones y de hilos secretos de conspiraciones, en los que quiere sobrevivir y medrar Cervantes. Pero no aspira tanto a los puestos vacantes que quedan en España o en el resto de las posesiones continentales de la Monarquía Hispánica, como en los puestos vacantes en la administración de América. Nada que ver con ese oficio soñado en América.

Desde 1581, contamos con noticias de memoriales que ponen letra al sueño americano de Miguel de Cervantes. Este sueño, esta esperanza de venir a América le da sentido a su vida, a sus continuas peticiones de merced, pero también a los textos que ahora escribe: los romances y poemas dedicados a tantos amigos poetas o cortesanos, que le permiten formar parte del círculo clientelar del influyente Ascanio Colonna; comedias que estrena en los corrales de Madrid por las que cobra –y por adelantado- sus buenos ducados; y la escritura y la publicación de *La Galatea*, un libro de pastores que tanto gusta a la Corte por estos años, a los círculos más influyentes de la Corte. Literatura instrumental que le permite seguir viviendo, seguir soñando. *Musas rameras* en una feliz expresión de Lope de Vega.

El sueño americano de Miguel de Cervantes, el sueño de mejorar su vida acaba en 1590, en el último de los memoriales que envía al Consejo de Indias para ocupar uno de los cuatro puestos vacantes en América: contaduría del Nuevo Reino, Gobernación de Soconusco, Contaduría de las galeras de Cartagena y Corregimiento de La Paz. Para ninguno de estos puestos se tuvo en cuenta nunca a Miguel de Cervantes, nunca fue promovido como candidato. La respuesta del Consejo de Indias se conserva en la misma solicitud: "busque por acá en qué se le haga merced". Y esa merced, esta triste y poco segura merced, no será otra que ser el representante del rey a la hora de conseguir víveres para las galeras o el cobro de los impuestos atrasados en Granada.

Una tercera etapa, y el último de los tomos de mi biografía cervantina, se centrará en los últimos años de Cervantes, los que van desde 1604 a 1616: son los años en que parece que solo el silencio tiene sentido, hasta que comienza un nuevo Cervantes a sobresalir, el Cervantes de papel frente al de carne y hueso de los años anteriores. Es el Cervantes de la plenitud. Es el Cervantes que, ahora sí, va a idear su existencia alrededor de las letras como una nueva apuesta con su vida y sus sueños: triunfar en la otra vida, en la de la fama, ya que no ha sido capaz de hacerlo en esta vida disfrutando de una profesión que le hubiera permitido mirar la vejez con otros ojos, con otras inquietudes. Un Cervantes en su plenitud literaria, que se reivindicará entonces como escritor en un programa literario pensado hasta en sus últimos detalles. Ahora sí que Cervantes se alza por encima de los escritores de su época con toda su originalidad.

Y esta imagen condensada en los tres últimos años de su vida, en la publicación de la mayor parte de su obra, la más genial, sin duda, se ha convertido en una sombra que oscurece y mediatiza sus más de sesenta años anteriores de vida. Esta sombra del Miguel de Cervantes personaje, del mito que se construirá en los siglos siguientes, ha tamizado al hombre, ha convertido al hombre Miguel de Cervantes en un mero instrumento de su literatura, de sus ansias de fama, de una segunda vida después de muerto. ¡Y bien que ha triunfado Miguel de Cervantes después de muerto! Ahora ha llegado el momento de volver al Miguel de Cervantes de carne y hueso, al que realmente vivió. Y solo desde esta perspectiva, la del hombre que vive –y entre otras cosas, escribe- durante los Siglos de Oro, en una época de transición y cambios en relación al estatus de la propia escritura, será posible comprender realmente al Miguel de Cervantes escritor, a ese Miguel de Cervantes que aún sobrevive en sus obras.

Miguel de Cervantes escribió durante toda su vida. Desde los poemas juveniles a su llegada a Madrid en 1566 hasta la carta dedicatoria del *Persiles*, unos días antes de morir en 1616. Y lo hizo en un tiempo en que la escritura fue conquistando nuevos espacios en la sociedad, en que se consolidaron o, en ocasiones, se pusieron las bases, de grandes cambios que transformaron la relación de las letras con el poder, el dinero, el prestigio y la fama. Una época donde los letrados, los secretarios fueron ascendiendo y copando los puestos de poder en la Corte, relegando a la nobleza (y su función de defensa y de expansión militar) a una fastuosa red de ritos, fiestas y relaciones públicas cada vez más espectaculares y huecas; una época en que todo había que ponerlo por escrito, y en sus márgenes quedaban las huellas de las resoluciones tomadas, del pulso con el destino y la muerte o la resurrección de las pretensiones y de los pleitos. Una época donde el analfabetismo se daba la mano con una eclosión de formas literarias orales, con el teatro a la cabeza, transformando los corrales de comedias en un pequeño imperio de ficción a imagen y semejanza del aquel otro de verdad que hacía aguas por todos lados. El tiempo de las representaciones teatrales era un tiempo de orden y de tranquilidad frente al caos de la vida diaria: orden en la organización del espacio, donde cada uno ocupaba su sitio dependiendo de su sexo, clase social y situación económica; orden en la estructura del espectáculo, sobre todo después del triunfo de las fórmulas propuestas por Lope de Vega, con sus comedias en tres actos, y sus loas, entremeses y bailes; y orden en los propios contenidos, en los versos que iban destilando un conflicto tras otro –ya fuera del pasado o del presente-, pero que todos terminaban con un final feliz, con un rey "deus ex machina" que con sola su presencia devolvía la paz a la escena, al universo. Una época en que las letras formaban parte de la vida, eran su expresión, pero también eran el modo de integrarse y de destacarse al mismo tiempo; un medio para conseguir un espacio en la vida real y, también, para poder mejorarlo. La literatura nunca dejó de ser un instrumento, una herramienta que cada uno, según su sexo, clase y situación

social y económica, utilizó, con mayor o menor destreza, para llevar a buen puerto sus fines, sus sueños, sus deseos, sus necesidades. Escribir para conseguir una merced. Escribir para conseguir medrar en la Corte. Escribir para conseguir los ducados necesarios para pagar las deudas. Escribir para poder añadir una línea de méritos en los memoriales que se envían a los Consejos. Escribir para cenar caliente una noche en una Academia. Escribir para conseguir una cita amorosa para el señor que te ha contratado como secretario…

Y escribir en una época de cambios y de transformaciones, en el ojo del huracán de un tiempo que se va dejando atrás, pero que todavía no ha dado la bienvenida a un nuevo tiempo. Escribir en una asombrosa época de transición como fueron los últimos años del siglo XVI y las primeras décadas del XVII. Escribir en una Corte con sus particulares reglas que, poco a poco, irán construyendo una nueva Corte literaria que, como un espejo, imitará su estructura convirtiéndose en un espacio propicio para las intrigas, los enfrentamientos, las traiciones, los reproches, los insultos más o menos velados… un espacio literario donde los apellidos, los servicios prestados por familiares y amigos, la posibilidad de acercarse a las facciones más poderosas, el dinero, el tan denostado dinero, también marcan las líneas maestras del triunfo, de la posibilidad de estreno en los corrales, de edición en las imprentas o de difusión en los salones y jardines palaciegos. Tiempo de construcción y de consolidación de una Corte, la política y la literaria. Tiempos de trabajo, de mucho trabajo, según los preceptos de los tacitistas, aquellos que están en la base del pensamiento de los letrados. Pero también tiempo de suerte, de mucha suerte.

Este es el espacio de la escritura de Miguel de Cervantes. Atrás quedó la interpretación del siglo XIX que entendía a nuestro autor como un "ingenio lego", es decir, que había escrito su obra al margen de su tiempo, de las lecturas y de los movimientos culturales de su tiempo, tan solo iluminado por una inspiración (casi) divina. Lejos quedan estas interpretaciones como lejos también debemos dejar aquellas otras que entienden que Cervantes es una isla literaria en su tiempo, que escribió de espaldas a otros escritores, con los que casi nunca tuvo relación, a los enormes cambios culturales, literarios, políticos y económicos que se estaban fraguando entre los siglos XVI y XVII. Una época en transición, una época de transformaciones y de construcción. Una época apasionante que vivió Miguel de Cervantes de manera activa, como uno de sus protagonistas.

En este contexto, en esta particular Corte literaria que él vio nacer y consolidarse escribió Cervantes sus obras, las que hemos conservado y aquellas otras que él cita (las comedias) y otras tantas que leemos anónimas cuando realmente salieron de su pluma (romances, canciones y sonetos). Una escritura instrumental, como la mayoría, por no escribir la totalidad, de su tiempo; una literatura con la que quería mejorar sus condiciones de vida, ya sea en sus pretensiones de conseguir un puesto de secretario (primeros poemas laudatorios en

Madrid por el nacimiento de la hija del rey o para llorar la pérdida de Isabel de Valois, o la *Epístola a Mateo Vázquez* desde el cautiverio), como apoyo a la solicitud de una merced por los servicios prestados (*La Galatea*, un libro de pastores, o los romances, tan del gusto de la nobleza que copaba los puestos de los Consejos, sin olvidar los poemas al inicio de obras de amigos, que conforman y consolidan su particular camarilla literaria y política), o para obtener un beneficio económico rápido (las primeras comedias que escribe en la década de los años ochenta, con otros escritores que se conocen como la "generación perdida", o la primera parte del *Quijote,* un encargo editorial solicitado por el librero madrileño Francisco de Robles). Nada nuevo en la Corte literaria llena de pretendientes y de pleiteantes. El beneficio económico inmediato o el apoyo a corto plazo para conseguir un trabajo son motores habituales de la escritura en la época de Cervantes; y, como Cervantes, muchos autores cifraban en ellos su futuro, sus esperanzas de futuro. Y Cervantes, como otros tantos escritores de su época, dejaron testimonios de ellos –de sí mismos- en sus propias obras.

En la ronda de preguntas a los galeotes con los que se encuentra don Quijote en la primera parte, le toca el turno a Ginés de Pasamonte, conocido como Ginesillo de Parapilla, como se esfuerza en recordarle uno de los comisarios. Harto Ginés de tantas preguntas y de tanto querer saber el caballero andante la vida de todos ellos, le contesta confesándole que todos los detalles de la suya los puede leer en un libro que ha escrito "por estos pulgares". Libro que, aún inacabado, ya le ha dado sus primeros beneficios, pues lo deja empeñado en la cárcel por doscientos reales (unos 20 ducados), aunque para su autor bien podrían valer 200 ducados:

> -¿Tan bueno es? -dijo don Quijote.
>
> -Es tan bueno -respondió Ginés- que mal año para *Lazarillo de Tormes* y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren. Lo que le sé decir a voacé es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas que no pueden haber mentiras que se le igualen (I, cap. 22).

Entre esos "todos cuantos de aquel género" se encuentra el gran *best-seller* de los Siglos de Oro: el *Guzmán de Alfarache* (1599) de Mateo Alemán. Su éxito será tal que se le conocerá y citará siempre como el *Pícaro*, como si antes o después no hubiera habido pícaros ni picaresca. "Mal año…". Tanto ayer como hoy, la búsqueda del *best-seller* es el sueño de todo editor de la época, como Francisco de Robles, que creerá que lo ha conseguido con la primera parte del *Quijote* en 1605, pero que todo se quedará en un espejismo. El éxito editorial de los dos *Quijotes* (el de 1605 y el de 1615) hasta nuestros días ha terminado por contaminar y magnificar el primer éxito del *Quijote*, que obtuvo cierto triunfo en 1605, pero cuya estrella editorial fue apagándose con el tiempo: en 1608, cuando Francisco de Roble reedita la obra, todavía quedaban en su librería ejemplares de la segunda edición de 1605.

Precisamente en la segunda parte del *Quijote*, en el increíble episodio de la visita de don Quijote a una imprenta en Barcelona, escribe Cervantes uno de los primeros relatos de ciencia ficción; en él un personaje de una obra impresa entra dentro del espacio tecnológico que multiplica los objetos que le dan la vida, que le permite poder "vivir" en la lectura de las miles de personas que en unos meses tendrán un ejemplar entre sus manos. Este es el espacio que aprovecha Cervantes para situar al autor –a sí mismo y a tantos otros miles de escritores de su tiempo- ante el reto del beneficio económico de su trabajo. Después de asombrarse por todo lo que ve allí dentro –la tecnología de la información y del conocimiento del siglo XVI-, y de hablar sobre los límites de la traducción, don Quijote le pregunta a un autor, demostrando un conocimiento del mundo editorial que es el de Cervantes y de los lectores de su tiempo: "Pero dígame vuestra merced: este libro, ¿imprímese por su cuenta, o tiene ya vendido el privilegio a algún librero?". A lo que el autor no duda en responder:

> -Por mi cuenta lo imprimo -respondió el autor-, y pienso ganar mil ducados, por lo menos, con esta primera impresión, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar a seis reales cada uno, en daca las pajas.
>
> -¡Bien está vuesa merced en la cuenta! -respondió don Quijote-. Bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos a otros; yo le prometo que, cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y más si el libro es un poco avieso y no nada picante.
>
> -Pues, ¿qué? -dijo el autor-. ¿Quiere vuesa merced que se lo dé a un librero, que me dé por el privilegio tres maravedís, y aún piensa que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras: provecho quiero, que sin él no vale un cuatrín la buena fama (II, cap. 62).

Hasta aquí la historia literaria de Cervantes en los umbrales de 1605. Hasta aquí la historia literaria de cientos de escritores que se acercaron y convivieron en la Corte literaria de los siglos XVI y XVII, que destacaron –o no-, por escribir poemas, romances, comedias y alguna que otra obra en prosa. De haber muerto Cervantes en este momento, de no haber publicado nada más a partir de ahora, sería uno de tantos, de cientos de escritores de su época, una nota a pie de página en nuestras investigaciones académicas. Nada hay en el Cervantes de juventud o de madurez que le distinga de los escritores de su época. Nada hay en las obras hasta ahora escritas y publicadas que hubieran llamado la atención a los lectores ingleses del siglo XVIII, que son los verdaderos descubridores de Cervantes autor y los que comienzan a construir su mito de genio creador.

Entonces, ¿qué le hace diferente, singular a Miguel de Cervantes del resto de los poetas y escritores de su tiempo? Precisamente, el motor que le movió a dedicar los últimos años de su vida –los años de descuento- a un proyecto

literario singular, que no tenía la vista ni la intención de conseguir mejorar su situación personal –por más que lo consiguiera económicamente con la venta de los oportunos privilegios de impresión- sino pensando en el futuro, en la segunda vida, que no es otra que la Fama.

De este modo, Miguel de Cervantes, que se encuentra en los márgenes del poder literario de su tiempo, que ha triunfado de manera relativa tanto en la Corte política (con las comisiones a las que hace frente como comisario real de abastos o como recaudador de impuestos atrasados frente al canto de sirena del sueño americano), como en la Corte literaria (es reconocido como romancista y sus obras, desde las comedias al primer *Quijote*, tuvieron un cierto éxito nada más estrenarse o publicarse), pero que nunca ha llegado a ser el centro (espacio solo ocupado por Lope de Vega y Góngora), se dispone en los últimos años de su vida a ofrecernos una "vida en papel", un programa literario que ha ido configurando y escribiendo años atrás, pero que ahora tiene necesidad de imprimir, de dar a conocer, de dejar memoria y constancia antes de morirse.

Una literatura marginal en su tiempo que le ha permitido conquistar el centro del Parnaso literario al convertirse en el mito del genio creador, un centro al que no pueden aspirar ni Lope ni Góngora, ni tantos otros escritores que, en vida de Cervantes, gozaron del éxito y de la centralidad de la literatura.

Desde que en 1613 Cervantes publicara las *Novelas ejemplares* (y se empeñara en destacar en sus prólogos y paratextos literarios una determinada imagen de cómo quería ser recordado con el paso del tiempo), todo estaba ya medido y pensado. Ahora sí que hay un proyecto único y definido. Y no podía ser de otro modo, pues la vida se le escapaba de las manos, los años sabía que no eran muchos y sí los proyectos literarios… y así le da tiempo a reivindicarse como narrador, el "primero que ha novelado en lengua castellana" con su particular "mesa de trucos" que son las *Novelas ejemplares*, donde sorprende a los lectores con cada una de ellas, a cual más ingeniosa en sus inicios; al año siguiente, en 1614, se reivindica como poeta narrativo con su *Viaje del Parnaso*, al que ya hace alusión al inicio de sus *Novelas*; y a comienzos de 1615 será el momento para reivindicarse como poeta dramático, con la publicación de sus *Ocho comedias y ocho entremeses nunca hasta ahora representados*… Y como el mismo Cervantes confiesa en el prólogo del *Persiles*: "el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan...", pero también son muchos los campos literarios donde quiere dejar su huella (la poesía épica, con el *Bernardo*, o, de nuevo, la pastoril, con la segunda parte de *La Galatea*…, que nunca llegaron a publicarse); pero entre todos ellos se decanta por dar fin a los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, dentro del género narrativo más prestigioso y culto del momento: la novela bizantina. Y a este empeño dedicará casi su último aliento, si tomamos como cierto el comienzo de la carta dedicatoria que le escribe al Conde de Lemos en abril de 1616: "Ayer me dieron la extremaunción y hoy escribo esta". Novela que solo verá la luz al año

siguiente, de manera póstuma. Pero no importa: Cervantes lleva ya unos años que no vive en esta vida sino en una vida en papel, en el sueño de una segunda vida, en que su nombre se recuerde por la fama de sus obras.

Y en medio de este programa literario bien pensado y medido, se le cuela a Cervantes, una vez más, la vida real, la que él sigue transitando en sus paseos por el Madrid del siglo XVII: la publicación a finales de 1614 de la *Segunda parte del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, impresa en Tarragona por un tal Alonso Fernández de Avellaneda, que le obliga a aparcar por un tiempo su *Persiles*, su gran proyecto de narrativa culta, y dar rienda suelta a su pluma para acabar la segunda parte del *Quijote*, ese vulgar y menospreciado libro de caballerías, que publica por el mes de octubre de 1615.

Vayamos recapitulando.

Desde el punto de vista de las relaciones entre las cortes políticas y literarias, entre la inevitable comunicación y contaminación entre la vida real y la vida literaria, que son solo una durante los Siglos de Oro, podemos delimitar claramente en la biografía literaria de Cervantes dos momentos bien diferenciados: un primer momento, en que la literatura es un instrumento en sus manos para mejorar sus condiciones de vida (ya sea en sus pretensiones de merced o en las económicas diarias), donde hemos de situar tanto sus obras juveniles como las que escribe y difunde en los años ochenta y noventa del siglo XVI (en especial, *La Galatea* y sus comedias); y una segunda época, a partir de 1613, la "vida en papel", en la que desarrolla Cervantes un proyecto literario ambicioso, que lo alza por encima de las costumbres y modos de actuar de los escritores de su época, todos ellos mucho más supeditados al día día de los compromisos de las *musas rameras*, como las definiera Lope de Vega. Un proyecto literario de reivindicación personal, que ya hemos visto, como novelista ingenioso (*Novelas ejemplares*), poeta narrativo (*Viaje del Parnaso*), poeta dramático (*Ocho comedias y ocho entremeses*) y novelista culto (*Persiles y Sigismunda*). ¿Qué queda al margen de estos dos grandes momentos de su escritura? Justamente dos obras que nacen de impulsos marginales a Cervantes: la *Primera parte del Quijote* (1605), un encargo editorial del librero Francisco de Robles; y la *Segunda parte del Quijote* (1615), una respuesta al desafío (y venganza personal) del *Quijote* apócrifo, grito desesperado y vengativo de la Corte literaria dominada por Lope de Vega.

Miguel de Cervantes escribió durante toda su vida. No dejó de trabajar incansablemente por sus sueños: el sueño americano de una merced, el sueño literario de un espacio central en la Corte literaria de su momento; sueños que nunca llegó a disfrutar. Pero no por eso dejó de trabajar hasta los últimos momentos de su vida, quizás recordando la máxima: "Aunque Fortuna es mudable, / el trabajo es favorable".

Pero Cervantes no escribió en cualquier tiempo ni tampoco él fue cualquier escritor, sobre todo en los últimos años de su vida. Cervantes escribió en un

momento de construcción y de cambios. Escribió en el momento del triunfo de la imprenta como el medio habitual para la difusión de la información y del conocimiento, fuente de beneficio económico del escritor por su trabajo; pero lo hizo cuando la industria editorial hispánica estaba sufriendo una gran crisis, que le obligó a recomponerse, a reinventarse, dejando los antiguos modelos de negocios de la primera mitad del siglo XVI para abrirse a nuevas posibilidades editoriales, a una adaptación inevitable frente a la competencia desmesurada de las imprentas y librerías europeas. Pero también escribió Cervantes en el momento en que los corrales de comedias y las compañías teatrales fueron creando un nuevo espacio de negocio literario y de difusión (y control) ideológico; un periodo de construcción que otros, como Lope de Vega, terminarían por consolidar y controlar. El espacio de la novela, el espacio del teatro, que convivirá con el de la poesía, con el nacimiento del *Romancero Nuevo* (en que Cervantes tuvo un gran protagonismo junto con otros poetas cercanos a Ascanio Colonna), y con sus particulares modos de difusión, sus particulares modos de supervivencia manuscrita. Oralidad, manuscrito e impreso que se dan la mano en estos momentos en un genial cruce de caminos.

Cervantes escribió a lo largo de toda su vida, pero no siempre le movió el mismo impulso ni finalidad a la hora de hacerlo. Solo si comprendemos la literatura de Cervantes en diálogo con su vida, con sus sueños y esperanzas, con las reglas de las Cortes políticas y literarias que le tocó vivir y en las que participó activamente, solo así podremos comprender algunas de sus claves, sus razones y los contextos que dan sentido a su obra. Pensar en una vida literaria cervantina al margen de su vida y la realidad en su época, una literatura de evasión que le permitió sobrevivir, levantarse por encima de lo que está sufriendo en cada momento, es seguir viendo a Cervantes como un héroe romántico, que triunfa en el papel lo que se le niega en la cotidianidad, siguiendo las líneas maestras de una visión biográfica construida durante el siglo XIX completamente superada casi dos siglos después.

Miguel de Cervantes escribió a lo largo de toda su vida. Pero lo hizo en diálogo con su vida, como un instrumento más de su vida. En esto, como en tantos otros aspectos, Cervantes no deja de ser un escritor de su tiempo, uno de los cientos de escritores que vivieron en Madrid, en la Corte de la Monarquía Hispánica con la esperanza de sobrevivir, de consolidar una vida en continua construcción.

El hombre Miguel de Cervantes murió hace 400 años con la esperanza de que su nombre fuera recordado como uno de los mejores escritores en lengua castellana. Y así ha sido. Pero lo que nunca pudo sospechar Cervantes es que su fama ha nacido a lomos de sus libros de caballerías, de los dos *Quijotes* (el de 1605 y el de 1615), esos textos que él colocaba en un nivel inferior que esas otras obras que habían constituido su gran proyecto literario.

Sin los *Quijotes*, es decir, según el programa ideado por nuestro autor, Miguel de Cervantes hubiera demostrado ser un gran escritor en los Siglos de Oro.

Gracias a sus dos *Quijotes*, esas dos obras de encargo y respuesta, que él nunca tuvo por su "gran" literatura, Miguel de Cervantes se alza como un genio creador, el mejor escritor en lengua castellana de todos los tiempos, constante de la condición humana.

BIBLIOGRAFÍA

AA.VV. (2016): *Cartas autógrafas de Miguel de Cervantes Saavedra. Edición conmemorativa del IV Centenario de su muerte 1616-2016*, Madrid, Círculo Editorial.

Alvar Ezquerra, Alfredo (2004): *Cervantes. Genio y libertad*, Madrid, Temas de hoy.

Archivo Histórico de Protocolos de Madrid (2001): *20 documentos sobre Cervantes en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid*, Madrid, Comunidad de Madrid, Dirección General de Archivos, Museos y Bibliotecas; Caja Madrid, Obra Social.

Barrios, Feliciano (2015): *La gobernación de la Monarquía de España. Consejos, Juntas y Secretarios de la Administración de Corte (1556-1700),* Madrid, BOE.

Blasco, Javier (2006): *Cervantes, un hombre que escribe*, Valladolid, Difácil.

Bouza, Fernando (2012): *"Dásele licencia y privilegio". Don Quijote y la aprobación de libro en el Siglo de Oro*, Madrid, AKAL.

Cabello Núñez, José (2015): "Miguel de Cervantes, un comisario real de abastos en La Puebla de Cazalla: Documentos inéditos sobre el abastecimiento de la Armada de Felipe II y la Flota de la Carrera de Indias", en *Trigo y aceite para la Armada. El Comisario Miguel d e Cervantes en el reino de Sevilla, 1587-1593*, Sevilla, Diputación, pp. 75-147.

Canavaggio J. (1992): *Cervantes, en busca del perfil perdido*, Espasa-Calpe, Madrid (reeditado y ampliado en 2016)

García López, Jorge (2015): *Cervantes. La figura en el tapiz*, Barcelona, Pasado & Presente.

García Reidy, Alejandro (2013): *Las musas rameras. Oficio dramático y conciencia profesional en Lope de Vega*, Madrid, TC/12, Iberoamericana, Vervuert.

Lucía Megías, José Manuel (2002): "Los libros de caballerías a luz de los comentadores del «Quijote» (Bowle, Pellicer y Clemencín)", *Edad de Oro*, XXI, pp. 499-539

——- (2006): *Leer el Quijote en imágenes,* Madrid, Calambur.

——-, (2016): *La juventud de Cervantes. Una vida en construcción (1547-1580),* Madrid, EDAF.

——-, (2016): *La madurez de Cervantes. Una vida en la Corte (1580-1604),* Madrid, EDAF.

Sliwa, Krzysztof, (1999): *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra.

——- , (2000): *Documentos cervantinos. Nueva recopilación; listas e índices*, New York, Peter Lang.

——- , (2006): *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, prólogo de Kurt Reichenberger, Kassel: Reichenberger.